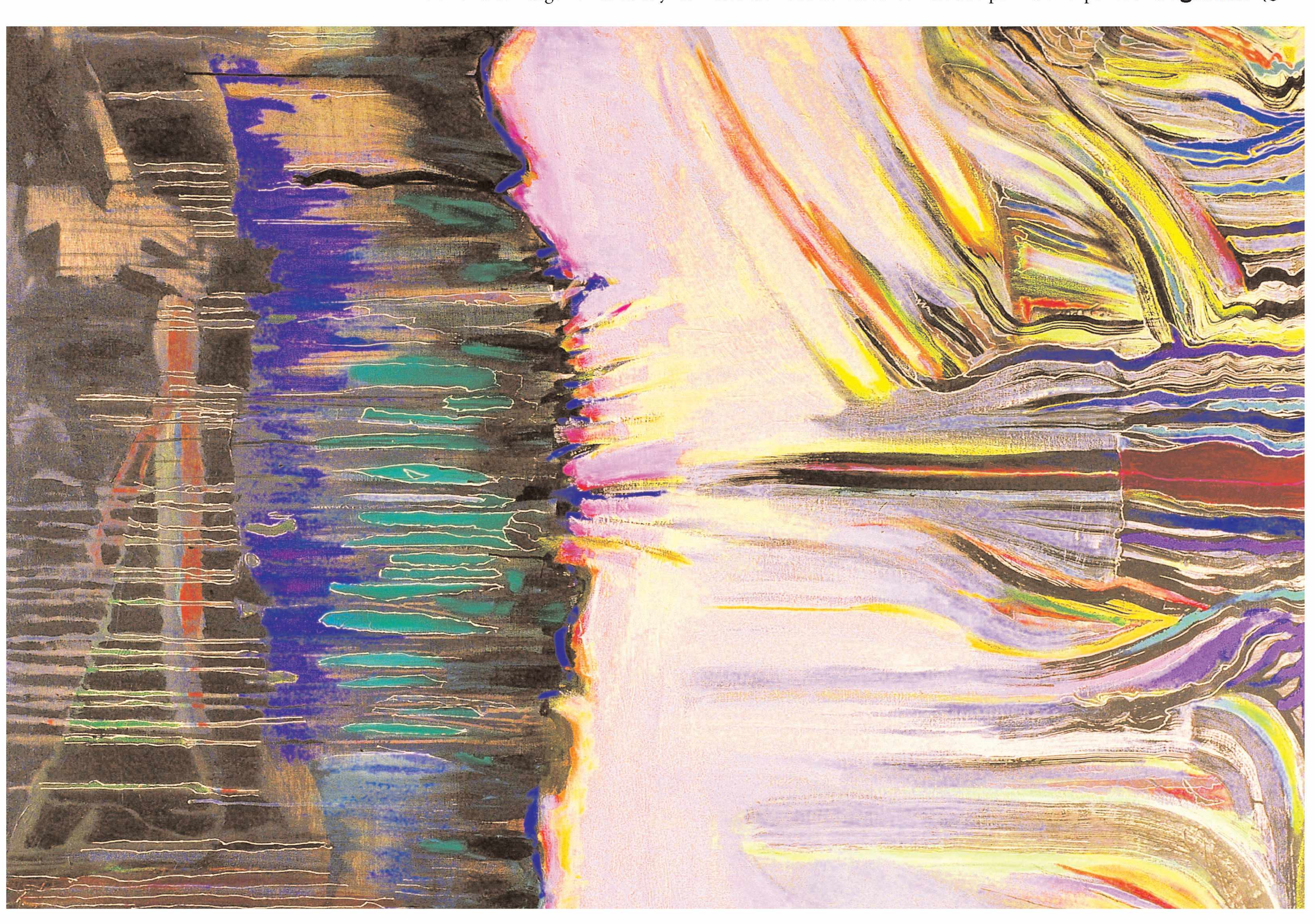


1775
Ciudad de Guatemala

Sacramentos

Los indios no cumplen los ritos de pascuas si no coinciden con días de lluvia, cosecha o siembra. El arzobispo de Guatemala, Pedro Cortés Larraz, dicta un nuevo decreto amenazando a quienes olvidan, así, la salvación del alma.
Tampoco acuden los indios a misa. No responden al pregón ni a la campana; hay que buscarlos a caballo por pueblos y milpas y arrastrarlos por la fuerza. Se castiga la falta con ocho azotes, pero la misa ofende a los dioses mayas y eso puede más que el miedo al cuero. Cincuenta veces por año, la misa interrumpe el trabajo agrario, cotidiana ceremonia de comunión con la tierra. Acompañar paso a paso los ciclos de muerte y resurrección del maíz es, para los indios, una manera de rezar; y la tierra, templo inmenso, les da testimonio, día tras día, del milagro de la vida que renace. Para ellos toda tierra es iglesia y todo bosque, santuario.
Por huir del castigo en la picota de la plaza, algunos indios llegan al confesionario, donde aprenden a pecar, y se hincan ante el altar, donde comulgan comiendo al dios del maíz. Pero sólo llevan a sus hijos a la pila del bautismo después de haberlos ofrecido, monte adentro, a los antiguos dioses. Ante ellos celebran alegrías de resurrección. Todo el que nace, nace de nuevo.

1775
Huehuetenango

Arboles que saben, sangran, hablan

El fraile entra en Huehuetenango atravesando neblinas de incienso. El cree que los infieles están rindiendo homenaje, así, al Dios verdadero. Pero las madres cubren con mantas a los recién nacidos, para que no los enferme el cura con su mirada. El incienso no se alza por gratitud ni bienvenida, sino por exorcismo. Arde la resina del copal y ondula el humo suplicando a los antiguos dioses mayas que cesen las pestes que han traído los cristianos.
El copal, que sangra incienso, es árbol sagrado. Sagrada es la ceiba, que por las noches se vuelve mujer, y el cedro, y todos los árboles que saben escuchar las penas humanas.

1775
Gado-Saby

Bonny

Una embestida de balazos abre paso a los ochocientos soldados venidos de Holanda. La aldea cimarrona de Gado-Saby cruje y cae. Tras las cortinas de humo y fuego, los rastros de sangre se pierden al borde de la selva.
El coronel suizo Fourgeaud, veterano de las guerras de Europa, decide acampar entre las ruinas. En la anochecida, suenan voces misteriosas desde la espesura y silban tiros que obligan a los soldados a echar cuerpo a tierra. La tropa pasa la noche cercada por disparos, insultos y canciones de desafío y victoria. Los cimarrones, invisibles, ríen a carcajadas cuando el coronel Fourgeaud, desde el suelo, promete libertad y comida a cambio de la rendición.
–*¡Muerto de hambre!* –le gritan las mil voces de la fronda–. *¡Espantapájaros!*
Las voces llaman *esclavos blancos* a los soldados holandeses y anuncian que muy pronto el jefe Bonny mandará en toda esta tierra de Surinam.
Cuando el amanecer rompe el cerco, el coronel Fourgeaud descubre que sus hombres no han sido heridos por balas sino por piedritas y botones y monedas. También descubre que los cimarrones han pasado toda la noche acarreando selva adentro sacos de arroz, yuca y ñame, mientras el tiroteo de proyectiles y palabras inmovilizaba a los holandeses.
Bonny ha sido el autor de la maniobra. Bonny, caudillo de los cimarrones, no lleva en el cuerpo la marca de hierro. Su madre, esclava, huyó del lecho del amo y lo parió libre en la selva.

1776
Cape Coast Castle

Prodigios de los alquimistas en el negocio africano

El capitán Peleg Clarke lleva largo tiempo regateando en la costa del Africa. El barco apesta. El capitán ordena a sus marineros que suban a cubierta a los esclavos ya comprados, para bañarlos; pero no bien les quitan las cadenas, los negros saltan a la mar. Nadando hacia su tierra, los devora la corriente.
La pérdida de la mercadería lastima el honor del capitán Clarke, veterano pastor de estos rebaños, y lesiona el prestigio de los negreros de Rhode Is-

land. Los astilleros norteamericanos se jactan de construir los barcos más seguros para el tráfico de Guinea. Sus prisiones flotantes están tan pero tan bien hechas que sólo registran una rebelión de esclavos cada cuatro años y medio, promedio cuatro veces menor que el de los franceses y dos veces menor que el de las empresas especializadas de Inglaterra.

Mucho tienen que agradecer a sus negreros las trece colonias que pronto serán Estados Unidos de América. El ron, buena medicina para el alma y para el cuerpo, se transforma en esclavos en la costa africana. Después esos negros se convierten en melaza en las islas antillanas de Jamaica y Barbados. Desde allí viaja la melaza hacia el norte y se transfigura en ron en las destilerías de Massachusetts. Y entonces nuevamente el ron atraviesa la mar hacia el Africa. Cada viaje se completa con ventas de tabaco, tablones, ferretería, harina y carne salada y con compras de especias en las islas. Los negros que sobran van a parar a las plantaciones de Carolina del Sur, Georgia y Virginia.

Así, el tráfico de esclavos da de ganar a los navegantes, a los comerciantes, a los prestamistas y a los dueños de astilleros, destilerías, aserraderos, saladeros, molinos, plantaciones y empresas de seguros.

1776
Pensilvania

Paine

Se llama *Sentido común.* El panfleto se publicó a principios de año y ha circulado por las colonias norteamericanas como agua o pan. El autor, Tom Paine, inglés venido a estas tierras hace un par de años, exhorta a declarar la independencia de una buena vez: *El derecho al propio gobierno es nuestro derecho natural. ¿Por qué dudamos?*

La monarquía, dice Paine, *es una forma ridícula de gobierno.* En el mejor de los casos, Paine considera al gobierno un mal necesario; en el peor, un mal intolerable. Y la monarquía es el peor de los casos. Cualquier hombre honrado, dice, *vale más que todos los rufianes coronados que hayan existido,* y llama a Jorge III *Real Bestia de la Gran Bretaña.*

En todo el mundo, dice, la libertad es objeto de feroces cacerías. En Europa la miran como a una extraña, Asia y África la han expulsado hace tiempo y los ingleses ya le han advertido que debe irse. Paine exhorta a los colonos de América a que conviertan este suelo en refugio de hombres libres: *¡Recibid a los fugitivos y preparad a tiempo un asilo para la condición humana!*

1776
Filadelfia

Los Estados Unidos

Inglaterra nunca ha prestado demasiada atención a sus trece colonias en la costa atlántica norteamericana. No tienen oro, ni plata, ni azúcar; nunca le fueron imprescindibles, nunca les impidió crecer. Ellas han caminado solas: así ha sido desde el lejano tiempo en que los peregrinos pisaron por primera vez las tierras pedregosas que llamaron Nueva Inglaterra –y era tan duro el suelo que dicen que hubo que sembrar las semillas a tiros–. Ahora, en pleno desarrollo, las trece colonias inglesas necesitan correr.

Las trece colonias tienen hambre de Oeste. Muchos pioneros sueñan con lanzarse más allá de las montañas, llevando por equipaje un rifle, un hacha y un puñado de maíz; pero la corona británica ha señalado la frontera en las crestas de los Apalaches y ha reservado a los indios las tierras de más allá.

Las trece colonias tienen hambre de mundo. Ya andan sus navíos por todos los mares; pero la corona británica las obliga a comprar lo que ella quiere y a vender donde ella decide.

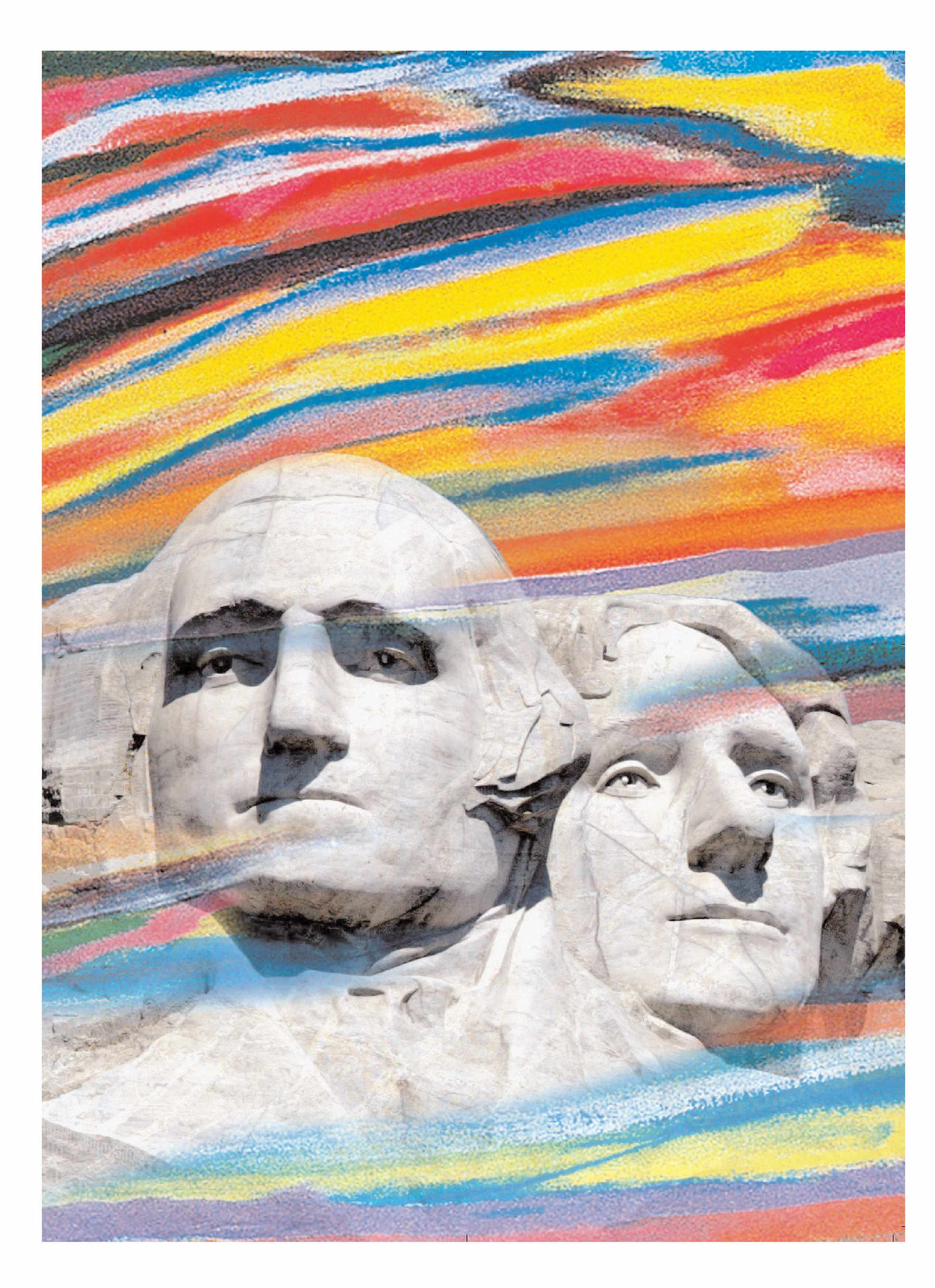
De un tirón, rompen las ligaduras. Las trece colonias se niegan a seguir tributando obediencia y dinero al rey de una isla tan lejana. Alzan bandera propia, deciden llamarse Estados Unidos de América, reniegan del té y proclaman que el ron, producto nacional, es bebida patriótica.

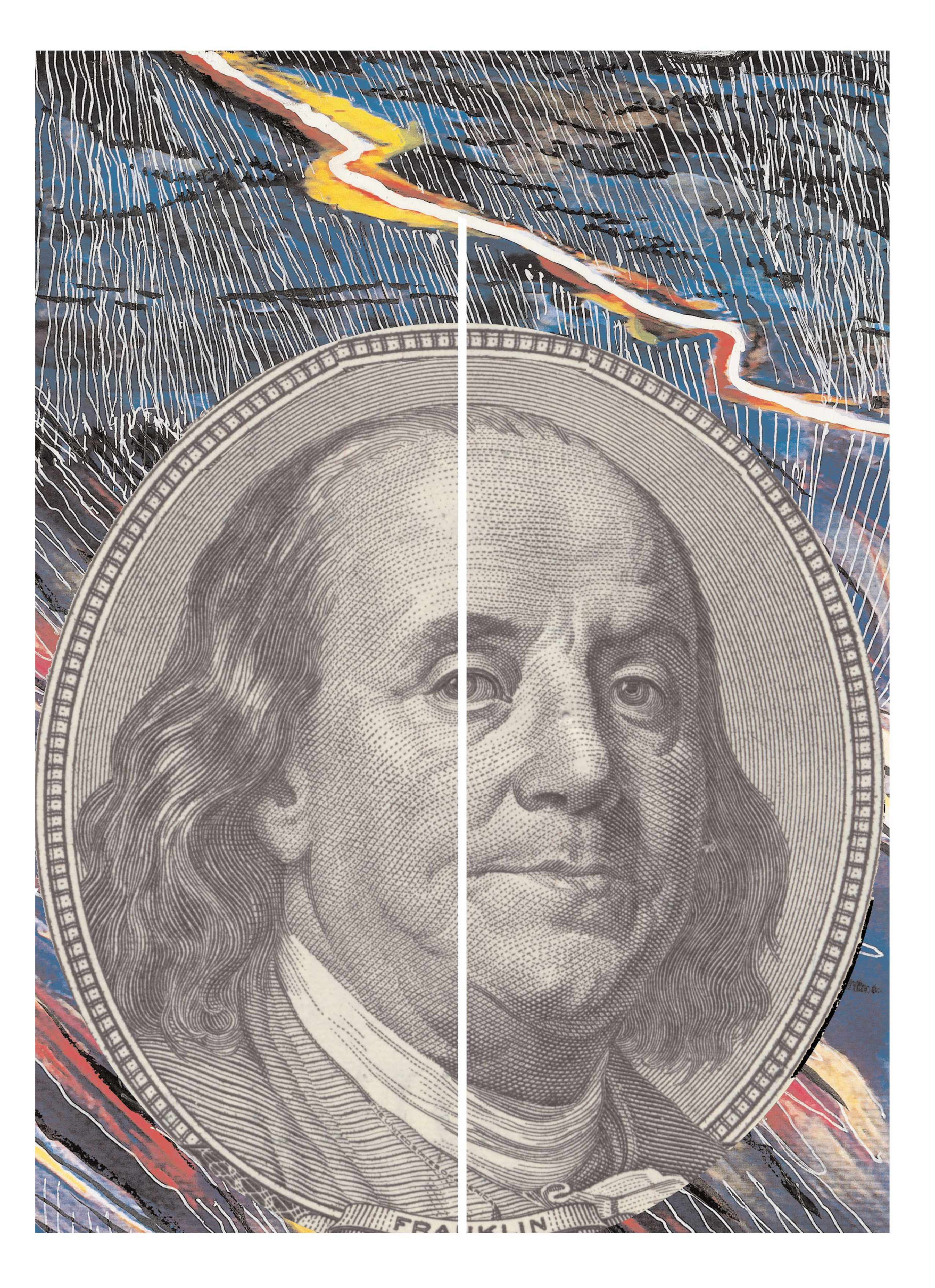
Todos los hombres nacen iguales, dice la declaración de independencia. Los esclavos, medio millón de esclavos negros, ni se enteran.

1776
Monticello

Jefferson

El redactor de la declaración de independencia, certificado de nacimiento de los Estados Unidos, es hombre de mil talentos y curiosidades.
Incansable lector de termómetros, barómetros y libros, Thomas Jefferson pregunta y descubre, persiguiendo la revelación de la naturaleza y queriendo abrazar todas las dimensiones del pensamiento humano. Está reuniendo una fabulosa biblioteca y un universo de piedras, fósiles y plantas; y sabe todo lo que saberse pueda sobre la filosofía neoplatónica, la gramática latina, la estructura de la lengua griega y la organización de la sociedad a través de la historia. Conoce a fondo su tierra de Virginia, cada hijo y abuelo de cada familia, cada brizna de hierba; y está al día con las novedades de la técnica en el mundo. Disfruta ensayando máquinas de vapor, nuevos modelos de arados y métodos originales para producir manteca y queso. El ha imaginado su mansión de Monticello y la ha diseñado y construido sin error.
Los puritanos contaban la población por *almas.* Jefferson la cuenta por *individuos de la especie humana.* Dentro de la especie, los negros son casi iguales. Los negros tienen aceptable memoria y ninguna imaginación y su pobre inteligencia jamás podría entender a Euclides. Aristócrata de Virginia, Jefferson predica la democracia, una democracia de propietarios, y la libertad de pensamiento y fe; pero defiende la jerarquía del sexo y de los colores. Sus planes de educación no alcanzan a las mujeres, ni a los indios, ni a los negros. Jefferson condena la esclavitud y es, y seguirá siendo, amo de esclavos. Más lo atraen las mulatas que las blancas, pero tiene pánico a la pérdida de la pureza racial y cree que la mezcla de sangres es la peor de las tentaciones que acechan al colono blanco.




FRANKLIN

1777
París

Franklin

El norteamericano más célebre llega a Francia en misión desesperada: Benjamín Franklin viene a pedir auxilio contra las tropas coloniales inglesas, que han ocupado Filadelfia y otros reductos patriotas. Usando todo el peso de su prestigio personal, el embajador se propone encender glorias y rencores en el corazón de los franceses.

No hay en el mundo rey ni plebeyo que no conozca a Franklin, desde que echó a volar una cometa y descubrió que los fuegos y los truenos del cielo no expresan la ira de Dios sino la electricidad de la atmósfera. Sus hallazgos científicos provienen de la vida cotidiana. Lo más complicado está en lo más humilde: la aurora y sus dibujos jamás repetidos, el aceite que se arroja al agua y alisa las olas, la mosca ahogada en vino que revive al sol. Observando que el sudor mantiene el cuerpo fresco en días de calor agobiante, Franklin imaginó un sistema de producción de frío por evaporación. También inventó y fabricó estufas y relojes y un instrumento de música, la armónica de cristal, que ha inspirado a Mozart; y como le aburría andar cambiando de anteojos para leer o mirar lejos, cortó los cristales y los unió dentro de un mismo aro y así dio nacimiento a los lentes bifocales.

Pero Franklin se hizo popularísimo cuando advirtió que la electricidad busca las puntas afiladas y derrotó a los rayos colocando una varilla de hierro puntiagudo en lo alto de una torre. Por ser Franklin el vocero de los rebeldes de América, el rey de Inglaterra ha mandado que los pararrayos británicos terminen en punta redonda.

Si él hubiera nacido mujer

De los dieciséis hermanos de Benjamín Franklin, Jane es la que más se le parece en talento y fuerza de voluntad.

Pero a la edad en que Benjamín se marchó de casa para abrirse camino, Jane se casó con un talabartero pobre, que la aceptó sin dote, y diez meses después dio a luz su primer hijo. Desde entonces, durante un cuarto de siglo, Jane tuvo un hijo cada dos años. Algunos niños murieron, y cada muerte le abrió un tajo en el pecho. Los que vivieron exigieron comida, abrigo, instrucción y consuelo. Jane pasó noches en vela acunando a los que lloraban, lavó montañas de ropa, bañó montoneras de niños, corrió del mercado a la cocina, fregó torres de platos, enseñó abecedarios y oficios, trabajó codo a codo con su marido en el taller y atendió a los huéspedes cuyo alquiler ayudaba a llenar la olla. Jane fue esposa devota y viuda ejemplar; y cuando ya estuvieron crecidos los hijos, se hizo cargo de sus propios padres achacosos y de sus hijas solteronas y de sus nietos sin amparo.

Jane jamás conoció el placer de dejarse flotar en un lago, llevada a la deriva por un hilo de cometa, como suele hacer Benjamín a pesar de sus años. Jane nunca tuvo tiempo de pensar, ni se permitió dudar. Benjamín sigue siendo un amante fervoroso, pero Jane ignora que el sexo puede producir algo más que hijos.

Benjamín, fundador de una nación de inventores, es un gran hombre de todos los tiempos. Jane es una mujer de su tiempo, igual a casi todas las mujeres de todos los tiempos, que ha cumplido su deber en esta tierra y ha expiado su parte de culpa en la maldición bíblica. Ella ha hecho lo posible por no volverse loca y ha buscado, en vano, un poco de silencio.

Su caso carecerá de interés para los historiadores.

1778
Filadelfia

Washington

El primero de los soldados es también el más prestigioso de los granjeros, el más veloz de los jinetes, el cazador más certero. A nadie da la mano, ni permite que nadie lo mire a los ojos. Nadie lo llama George. De su boca jamás escapa un elogio, pero tampoco una queja; y siempre da ejemplo de temple

y bravura por mucho que lo hagan sufrir sus úlceras y caries y fiebres. Con la ayuda de hombres y armas de Francia, el ejército de George Washington arranca de manos británicas la ciudad de Filadelfia. La guerra por la independencia de los Estados Unidos, casacas negras contra casacas rojas, se está haciendo larga y penosa.

1780
Bolonia

Clavijero defiende a las tierras malditas

Uno de los jesuitas expulsados de América, Francisco Javier Clavijero, escribe en Italia su «Historia antigua de México». En cuatro volúmenes, el sacerdote cuenta *la vida de un pueblo de héroes,* acto de toma de conciencia, conciencia nacional, conciencia histórica, de los criollos que empiezan a llamar México a la Nueva España y ya pronuncian con orgullo la palabra *patria.* La obra asume la defensa de América, tan atacada en estos años desde París, Berlín o Edimburgo: *Si América no tenía trigo, tampoco Europa tenía maíz... Si América no tenía granadas o limones, ahora los tiene; pero Europa no ha tenido, ni tiene ni puede tener chirimoyas, aguacates, plátanos, chicozapotes...* Con inocencia y pasión arremete Clavijero contra los enciclopedistas que describen al Nuevo Mundo como un emporio de abyecciones. El conde de Buffon afirma que en América el cielo es avaro y está la tierra podrida por las lluvias; que los leones son calvos, pequeños y cobardes y el tapir un elefante de bolsillo; que allá se vuelven enanos los caballos, los cerdos y los perros y que los indios, fríos como serpientes, no tienen alma ni ardor ante la hembra. También Voltaire habla de leones y hombres lampiños, y el barón de Montesquieu explica que los pueblos viles nacen en las tierras calientes. El abate Guillaume Raynal se indigna porque en América las cordilleras van de norte a sur en vez de correr de este a oeste, como es debido, y su colega prusiano Corneille de Pauw retrata al indio americano cual bestia degenerada y floja. Según De Pauw, el clima de allá deja a los animales sin rabo y enclenques; las mujeres son tan feas que se confunden con los varones y no tiene sabor el azúcar ni olor el café.

1780
Sangarara

Arde América de la cordillera al mar

Han pasado dos siglos desde que el sable del verdugo partió el cuello de Túpac Amaru, el último de los Incas, en la Plaza Mayor del Cuzco. Se realiza ahora el mito que en aquel entonces nació de su muerte. La profecía se cumple: la cabeza se junta con el cuerpo y Túpac Amaru, renacido, ataca.
José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, entra en el pueblo de Sangarara, al son de grandes caracoles marinos, *para cortar el mal gobierno de tanto ladrón zángano que nos roba la miel de nuestros panales.* Tras su caballo blanco, crece un ejército de desesperados. Pelean con hondas, palos y cuchillos estos soldados desnudos. Son, la mayoría, indios *que rinden la vida en vómito de sangre* en los socavones de Potosí o se extenúan en obrajes y haciendas.
Truenos de tambores, nubes de banderas, cincuenta mil hombres coronando las sierras: avanza y arrasa Túpac Amaru, libertador de indios y negros, castigador de *quienes nos han puesto en este estado de morir tan deplorable.*
Los mensajeros galopan sublevando poblaciones desde el valle del Cuzco hasta las costas de Arica y las fronteras del Tucumán, *porque quienes caigan en esta guerra tienen seguridad de que renacerán después.*
Muchos mestizos se suman al levantamiento. También unos cuantos criollos, europeos de sangre pero americanos de nacimiento.



1780
Tungasuca

Túpac Amaru II

Antonio Oblitas, esclavo del corregidor Arriaga, izó una soga fuerte, soga de horca, soga de mulas, en la plaza de este pueblo de Tungasuca, y el viento hamacó durante toda la semana el cuerpo de Arriaga, mandón de indios, dueño de negros, dueño de Antonio.

Esta mano que pinta es la mano que ahorcó. Antonio Oblitas está pintando el retrato del hombre que ha ordenado la libertad de todos los esclavos del Perú. A falta de bastidor, yace el tablón contra unas bolsas de maíz. Sobre la áspera madera van y vienen, creando color, los pinceles de Antonio, verdugo de su amo, nunca más esclavo. Túpac Amaru posa a caballo, al aire libre. No lleva puesta su habitual chaqueta de terciopelo negro ni su sombrero de tres vientos. El heredero de los Incas luce vestiduras de hijo del sol, insignias de rey: lleva en la cabeza, como sus antepasados, el casco de plumas y la triple corona y la borla colgante, el sol de oro sobre el pecho y en un puño, mandando, el cetro erizado de púas. En torno del inmóvil jinete, van asomando escenas de la reciente victoria contra las tropas coloniales. De la mano de Antonio brotan soldaditos y humaredas, indios en guerra, las llamas devorando la iglesia de Sangarara y los presos huyendo de la cárcel.

Nace el cuadro entre dos batallas, durante la vela de armas. Hace mucho que posan Túpac y su caballo. Tan de piedra están que Antonio se pregunta si respiran. Colores vivos van cubriendo el tablón, muy lentamente. Se deja estar el pintor en este largo instante de tregua. Así el artista y su modelo se escapan del tiempo, mientras dura el retrato, para que no haya derrota que llegue ni muerte que pueda.

1780
Pomacanchi

El obraje es un inmenso navío

que navega sobre tierras de América, una galera que jamás deja de navegar, noche y día impulsada por los indios que reman hacia un puerto que jamás alcanzarán: hacia la costa que se aleja reman y reman los indios; y el azote los despierta cuando el sueño los vence.

Hombres, mujeres, niños y viejos hilan, tejen y labran algodón y lana en los obrajes. Las leyes prometen horarios y salarios, pero los indios arrojados a esos grandes galpones o cárceles sólo salen de allí cuando les llega la hora del entierro.

Por el sur del Cuzco anda Túpac Amaru liberando indios atados a los telares. Los vientos de la gran rebelión quitan el sueño a los virreyes en Lima, Buenos Aires y Bogotá.

Un poema colonial: Si triunfaran los indios...

...nos hicieran trabajar
del modo que ellos trabajan
y cuanto ahora los rebajan
nos hicieran rebajar.
Nadie pudiera esperar
casa, hacienda ni esplendores,
ninguno alcanzara honores
y todos fueran plebeyos:
fuéramos los indios de ellos
y ellos fueran los señores.

1781
Bogotá

Los comuneros

Tiembla de ira el arzobispo de Bogotá y gime el cuero del sillón. Las manos, manos de confitería, ornadas de rubíes y esmeraldas, estrujan la falda morada. Su ilustrísima, don Antonio Caballero y Góngora, maldice con la boca llena, aunque no está comiendo, por ser su lengua gorda como él.
Indignantes noticias han llegado desde la villa del Socorro. Los comuneros, gentes del común, se han alzado contra los nuevos impuestos, y han nombrado capitanes a los criollos ricos. A ricos y a pobres ofenden los impuestos, que todo castigan, desde las velas de sebo hasta la miel, y ni al viento perdonan: se llama *alcabala del viento* el impuesto que paga el mercader transeúnte.
En el Socorro, villa de rocas, ha estallado la rebelión que el virrey, en Bogotá, veía venir. Fue en día de mercado, en plena plaza. Una plebeya, Manuela Beltrán, arrancó el edicto de las puertas del Cabildo, lo rompió en pedazos y lo pisoteó; y el pueblo se lanzó al asalto de los almacenes y quemó la cárcel. Ahora miles de comuneros, armados de palos y azadas, vienen batiendo tambores hacia Bogotá. Las armas españolas han caído en la primera batalla.
El arzobispo, que manda más que el virrey, decide salir al encuentro de los sublevados. El marchará, para engañarlos con promesas, a la cabeza de la embajada de la corte. Lo mira con pánico la mula.